

Número 43

Setiembre 18 de 1901

Pluma y Lápiz

Director: Marcial Cabrera Guerra



18 DE SETIEMBRE

Luis Orrego Luco

LA JAPONESA

El aplaudido novelista nacional señor Orrego Luco, que siempre se mantiene en activa labor intelectual, ha leído recientemente en el Ateneo de Santiago el cuento que en seguida tenemos el agrado de presentar a los lectores de PLUMA Y LÁPIZ, cediendo previamente su autor a nuestro deseo de condensar las páginas de su bello romance, con el fin de adecuarlas a las reducidas dimensiones de nuestro semanario. Como extracto hecho por el propio autor, la narración no ha perdido nada de sus puntos interesantes así como también no hemos consentido en que, en obsequio a la concisión, se sacrifique en lo menor la hermosa factura literaria de *La Japonesa*.

Terminada la comida, entre tazas de café en un grupo de vividores de gran mundo, el doctor Moran comenzó de esta manera:

— ¿Visitaban ustedes la casa de la señora de Alvareda? ¿Nó?... Pero asistían, sin duda, a sus bailes, cuando solteros, i bailarían con Julia Fernández, Manuelita Cortes, i tantas otras muchachas elegantes de nuestro tiempo. La señora de Alvareda recibía los viernes en la noche, en su espléndida casa de la calle de la Compañía, en un salon con grandes espejos i unas copias de vírgenes de Murillo, que la dueño de casa estimaba en mucho.

En un saloncillo rojo, contiguo, llamado el «Salon del Pololeo», se reunían las parejas, cuando había poca jente, colocándose, de preferencia, en los rincones, en las proximidades de los biombos, detras del piano, i los que llegaban últimos, en el sofá del centro, dominado por la vista de las suegras desde el salon vecino. Era ese el puesto de responsabilidad i de etiqueta para el *flirt*, en su principio. En aquel salon la luz era suave: los globos de gas tenían pantallas chinas de papel de seda de colores, gran moda que pasó en breve. Sobre un magnífico pedestal de ónix se alzaba una lámpara de plata, con enorme pantalla de encajes blancos en fondo rojo, i otras lamparillas de parafina, con grandes pantallas igualmente, colocadas sobre mesitas altas de laca blanca, daban al saloncillo «del pololeo» un aspecto de bazar turco. Hasta el papel de «Armenie» o las pastillas que allí se quemaban, agre-

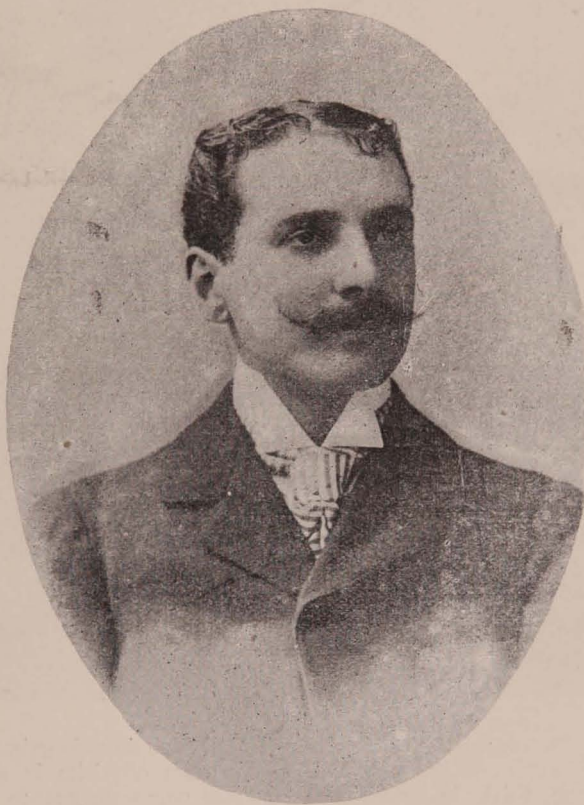
gaban traza especial, estraña i propia, al tal saloncillo. Por lo demas, todo era correcto, desde el frac i la corbata blanca de los hombres hasta el

traje claro de las mujeres, desde la frase fina hasta la actitud aristocrática. Pero, con traspasar los umbrales, junto con el perfume de la pastilla turca, se notaba, en las miradas, en los grupos, en las actitudes, ese no sé qué del *flirt*, el divino encanto del coqueteo a los veinte años, con todas sus travesuras i todas sus ilusiones.

El *flirt* es la esgrima del amor. Las jóvenes almas se abren al mundo de los ensueños, se muestran, en un panorama de rosa, los encajes i los lirios de la vida como si otra cosa no existiera.

Se hacen promesas ardientes con las miradas i con los labios mudos, en la absoluta certeza de que, si se desea, a nada comprometen

i nada significan. Cámbianse frases, en apariencia inocentes i sencillas, solo descifradas a traves de los ojos, con destellos ardientes del mirar, con la pupila húmeda, el tono conmovido, un estremecimiento nervioso del cuerpo. I despues que dos corazones han vibrado juntos, i se han hecho promesas, sin emplear palabras, i han viajado, en compañía, por el mundo azul de los ensueños, si a uno de los dos le conviniere, todo pasa como la nota de la sinfonía interrumpida, sin rastro, sin dejar huellas, sin promesas comprometedoras. En tanto que los dos sonrien, quizá con la amargura en el fondo, talvez con esa gota de veneno que, como el «cuare» de los indios, conduce fatalmente a la muerte del espíritu, en lo que tiene de noble, ámbos escl-



man: «Si no era nada mas que un pololeo, que llega, que pasa, que se fué...»

En fin, me parece que ando por las ramas i léjos de mi asunto. Es lo cierto que un viérnes al entrar al salon de Alvareda, Blanca, la niña de la casa, me salió al encuentro, i cojiéndome del brazo me llevó a un sofacito de seda perla, de dos asientos, donde se hallaba sentada una niña vestida de negro.

—Le presento a mi prima Anita... el señor Moran...

Tendría aquella jóven sus veinte años, aun

lánguido, vago i esencialmente femenino de otras mujeres. Sentíase que con esta era preciso la franqueza, sin ambajes ni disimulos.

Aun vibra en mi oído la frase... Anita... el señor Moran... fórmula de presentacion. Aun la veo ponerse de pié, i cojerse de mi brazo, sin decir palabra, al tocarse los primeros compases de un vals de moda. Anita valsaba divinamente, con jiro pausado, compas perfecto i tal arte, que no pesaba su cuerpo de pluma. Mi brazo rodeaba su talle frágil en tanto que ella recojía, con la mano izquierda, su falda negra de enca-



quando no representara eso, un talle delgado, mui alto i bastante fino, con esas líneas indecisas i ese cuerpo informe, lilial, de las vírgenes del Renacimiento, con algo de capullo i algo de lirio. Su rostro mostraba la palidez marchita del viejo marfil, su cabello intensamente negro, caía en *bandeaux*, sobre una frente admirable, tersa, pura, bajo la cual debían correr los sentimientos como en onda cristalina. Sus ojos eran pequeños, un tanto oblicuos, como los de una japonesa, de color gris, de pupilas frías i acoradas. Lo que principalmente llamaba la atención en ella, era la decisión i la firmeza de sus movimientos i de sus pasos. Cuando se ponía de pié, lo hacía para bailar o pasearse, nunca para sentarse de nuevo. Si llegaba a formular una pregunta, con su voz clara i vibrante, en frase perfecta i distintamente articulada, clavando sus ojillos grises i oblicuos de japonesa, exijía, imponía la respuesta. Era el opuesto del mirar

jes i el falso de seda gris, entre jiros lentos de baile. Era esquisita la elegancia de su busto, ceñido como un guante por su chaqueta «Fígaro»; esquisita la elegancia i las ondulaciones de su cuerpo; esquisito el perfume, raro i nuevo que usaba; esquisito el *odore di femina*, desprendido de aquel cuerpo lilial, de virgen del Renacimiento. A medida que jirábamos, en tanto que mis ojos se sentían atraídos por los fulgores de una corona de brillantes con que se sujetaba los cabellos de la nuca, iba meditando, entre mí, sobre la estraña fascinación de tan estraña mujer.

Concluido el vals nos sentamos en el sofá del centro, en aquel sofá dominado por las suegras desde el salon vecino, i hablamos de todo i de nada, i rompimos el hielo. Era una muchacha viva i chispeante, como un rayo.

La dije que la encontraba encantadora: me respondió que era un tonto. La espresé que, en

adelante, me sería imposible vivir sin ella: re-
puso que ya me consolara. Le pedí un *pedazo*
de su corazón, i me dió media pastilla de rosa
perfumada de At-Kinson. I volvimos a valsar.
Al poco rato, cuando nos sentábamos, llegóse a
ella un jóven rubio, alto, elegante, porteño, hijo
de extranjero: Portland i Serengelstalt. Saludé i
me fui lentamente a mi amiga Blanca Alvareda.

—¿Quién es su prima Anita? la dije.

—¡Ah! ¡Ah! ¿con que esas tenemos? Pues mi
prima Anita, a quien Ud. ha principiado a cor-
tejar esta noche, es porteña, hija de mi tío An-
tonio, única hija i mui regalona. Es la mas ele-
gante de las porteñas, lo que nada tiene de
particular porque gasta mucho i tiene buen
gusto. Su padre está enfermo de parálisis, i su
madre tiene minas en el Norte, que pueden ha-
cerla millonaria. Es buen partido, tiene fortuna,
espléndida casa en la Avenida Brasil, en Val-
paraíso, es graciosa, no es fea, encarga trajes a
la Ferrière i ropa blanca a Doucet, prefiere los
colores negro i azul en los vestidos, i se muere
por los dulces de madame Gazeau.

Toda esta biografía de Anita me la hizo
Blanca, sin tomar resuello. Cuando me vió en-
terado, se dió una palmada en la frente, i me
dijo con malicia:

—Pero ¿qué tonta soi! ¡miren qué tonta... se
me olvidaba decirle que mi prima Anita está de
novia con aquel señor rubio, también de Val-
paraíso, un señor Portland.

Blanca se echó a reír dejándome todo mo-
hino,

A la salida, mientras me ponía el *cache-nez*
de seda, a la puerta de la casa, comencé mi ba-
lance.

Es de advertir que en aquel tiempo yo estaba
enamorado perdido de Julia Fernández, belleza
de moda.

—Quiero a Julia, me dije, pero a falta de
pan... buenas son tortas. No vendría mal un
flirt, un ligero pololeo con Anita, con mi encan-
tadora japonesita. En la casa de Alvareda se
pasa bien: champagne, pavo, una taza de cho-
colate, en la cena; una vuelta de vals ántes, i
otra despues; concurrencia escogida i de buen
tono, sociedad de esa que sirve para lanzar un
médico pobre... i yo ando en segundo año de
medicina; bonitas muchachas, i trajes elegantes,
para mí, que tanto gozo con la vista del lujo. Si
a esto se agrega su poco de *flirt* en el saloncillo
del «pololeo», léjos de la vista de las suegras,
ya no hai mas que hablar.

Pero la *japonesa* tiene novio... ¿i qué me im-
porta? El hombre es de Valparaíso i tendrá que
irse pronto. Pero el novio podrá enojarse i el
compromiso romperse. Al llegar a este punto,
sentí un impulso egoísta i malo... ¿i a mí qué
me importa?

Mas comprendí vagamente que mi pensa-
miento era dañado i quedé descontento con-
migo mismo, de manera confusa i sorda.

(Concluirá)



ACORAZADO O'HIGGINS QUE SE VARÓ AL SALIR DE LA BAHÍA DE TALCAHUANO
EL SÁBADO 14 DEL ACTUAL, PUESTO A FLOTE EL DÍA SIGUIENTE